

ron entre las sublevaciones populares y las herejías —tema que necesitaría una mayor profundización— no llevaban a una ideología revolucionaria, sino milenarista, incluso en la "revolución husita" de Bohemia.

Las consecuencias inmediatas de este fracaso fueron de dos signos. A nivel político-social, se organizó la represión; las clases dirigentes, a lo largo de este par de siglos, crearon su policía —"la" policía— y sus métodos represivos. Y a nivel de las mentalidades, apareció en los ánimos la noción de "clases peligrosas" aplicada a los pobres, a los "pequeños".

El problema, sin embargo, había sido planteado entonces, sin ser resuelto. Los métodos de protesta: huelgas, manifestaciones diversas, insurrecciones, también habían hecho su aparición en la escena histórica. La conciencia de clase está en germen en las nociones medievales de "pobres"/"poseedores" y no tardará mucho tiempo en manifestarse.

Considerándolo como una especie de período de "infancia", el estudio de los movimientos sociales en estos siglos XIV y XV resulta ser, en último análisis, una base conveniente —yo diría imprescindible— para el estudio y el conocimiento de las luchas sociales europeas contemporáneas. ■ ADELINE RUCQUOI.

El negro asunto de Guinea Ecuatorial

El irracionalismo y la mitomanía han sido dos de las principales características del franquismo que ni los innegables cambios socioeconómicos acontecidos en el país hicieron modificar. Por supuesto, la acción colonial o el tratamiento que se dio a los territorios sometidos a dominio español no estuvieron exentos de esas cualidades. Con tal punto de partida no resulta raro que la "modélica descolonización" de que nos hablaba la propaganda del régimen haya sido el más rotundo de los fracasos y que las consecuencias de ello las haya pagado no tan sólo el aparato oficial de la dictadura, sino también el resto de los españoles, que nos hemos visto salpicados de los fallos del sistema —ahí tenemos los efectos negativos que para Canarias y los canarios supone la muy peculiar descolonización del Sa-

hara— y, aún en mayor medida, para los que fueron nuestros colonizados, cuya suerte —ya se trate de los guineanos o de los saharauis— no deja de ser pavorosa.

Sobre lo que ha pasado en el Sahara, aunque no mucho si se sabe algo de lo que allí pasó, gracias al momento en que sucedió: los últimos días del franquismo en verbo carnal. No sucedió lo mismo con Guinea Ecuatorial, de cuya descolonización sólo conocimos el exótico esplendor de Fraga en el acto de la independencia; el que pasó "algo" y los españoles residentes en aquellas tierras tuvieron que salir de estampida; y que se declaró "materia reservada" a todo lo procedente de aquel territorio, levantándose la veda informativa, ya en puertas de la Reforma.

La declaración de materia reservada era coherente con la dictadura, pues fue la manera de ocultar el soberano ridículo que se hizo allí, ridículo que quedaba realzado con las declaraciones y declamaciones grandilocuentes del régimen, cuya eminencia gris en traje azul marino fue el que impuso el quién, cómo y cuándo de la política descolonizadora —también en el Sahara—, incluso en contra de los técnicos del Ministerio de

Asuntos Exteriores. Carrero Blanco fue la pieza clave de todo ese proceso, y así resultó. La oposición, lo poco que de ella había en aquellos momentos y con muy poca capacidad de maniobra, no se preocupó mucho por Guinea.

Los mitos fueron reemplazados por la realidad y ésta ha tomado la forma de una de las más nulas, fecales y sangrientas dictaduras de África. Una vez levantada la materia reservada han aparecido una serie de libros testimonio de lo que fue un pedazo de la Historia de España y de lo que es hoy una crónica sangrienta. De este aluvión de información pueden destacarse tres obras: "Guinea, materia reservada", "Guinea-Macías, la ley del silencio" e "Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial" (1), escritas todas ellas por periodistas, españoles los autores de los dos primeros libros —Rafael Fernández y Ramón García Domínguez— y el tercero por el guineano Donato Dnongo.

El libro de Rafael Fernández resulta el más deslavazado de los tres, quizá también por ser el más voluminoso y el primero en editarse. Sin embargo, es el que recoge más documentación y relata su propia aventura. Redactor jefe de la televisión guineana, acabó en la cárcel, estuvo a punto de ser condenado a muerte, pudo escaparse y mediante un largo periplo llegar a su país donde las autoridades y jefes de la TVE no le hicieron puñetero caso. Resulta revelador, tanto con respecto a Guinea, como a España.

Ramón García Domínguez llegó a Guinea como profesor de un colegio de religiosos al que asistían como alumnos los hijos del propio Macías. La publicación del libro dio origen al cabreo del sátrapa guineano y a la tensión diplomática consiguiente. Probablemente Macías no ha debido de leer los otros dos libros, pues, o le hubiera dado un infarto o nos hubiera declarado la guerra. Muy crítico respecto a Macías, justifica bastante a Carrero Blanco y pasa casi por alto el protagonismo de Antonio García Trevijano. Sin embargo, hace un minucioso relato del proceso que llevó a la independencia a Guinea.

El más analítico y crítico de los tres libros es el de Donato Dnongo, miembro y fundador del Movimiento Socialista Guineano. Es también la obra que aporta más datos, cosa natural,

pues para su autor, Guinea ha sido algo más que un período de su vida o un suceso histórico. Algo de precipitación y un cierto subjetivismo existen en algunas apreciaciones, pero esto también es natural para quien es un sujeto, no tan sólo del pasado, sino del presente y con vocación de serlo en el futuro de su patria. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

"Cartas del diablo a su sobrino"

Este libro (1) debía ser leído por todo hombre religioso para salirse de los esquemas de nuestra rutina actual. Esa simplificada manía clasificatoria, como si fuese la última palabra del análisis de la realidad, paraliza el pensamiento y la acción encerrando en sus estrechos límites —como si fuera una camisa de fuerza de la cual no se debe salir— toda originalidad en los hechos o en las ideas.

Hace poco tiempo —en plena campaña electoral— decía con razón el profesor Tierno Galván que necesitábamos imaginación. Sí, imaginación; o más bien fantasía para salir del prosaísmo de las dicotomías mentales y superar de una vez el dualismo simplista en todo orden de cosas.

Este libro escrito para hombres de espíritu abierto, pero que valoren la espiritualidad, dará que pensar. Y quizá a más de uno le servirá de revulsivo para poder renovarse. Sus fines análisis psicológicos, sus consejos prácticos, su apelación a cosas hoy olvidadas, harán una labor eficaz en los cansados, abotargados y romos espíritus de hoy.

Estamos viviendo actualmente dentro de lo que podríamos llamar "el aplatanamiento de las mentes". Y si queremos dejar de "vivir sin vivir", hemos de empezar por sacudir la cabeza y aprender a pensar por nosotros mismos captando con nuestro pensamiento la realidad, esa realidad que escapa a la cortedad de nuestras miradas de hoy porque sólo vivimos de esquemas y de modas, nunca de la fuerza misma de lo real con su mensaje que otro inglés, el católico Chesterton, supo di-



El Presidente de Guinea Ecuatorial, Francisco Macías.

(1) Editoriales Sedmay, Plaza y Janés y Cambio 16, respectivamente.

(1) C. S. Lewis: Cartas del diablo a su sobrino. Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1977.